

tísimo Sacramento: le ofreceré todas mis respiraciones y los movimientos de mi corazón, para estar en su presencia durante el sueño, como otros tantos actos de amor y de sacrificio de todo mi ser: le pediré que me conceda que este descanso sea para darme nuevas fuerzas para servirle.

“Luego que tenga la dicha de recibirle en la santa Comunión, ofreceré ante el Padre Eterno las santas disposiciones del Corazón inmaculado de María en los momentos de la Encarnación del Verbo, y las uniré á las de su divino Hijo, para suplir las que me falten para recibirlo dignamente; y al haberlo recibido lo ofreceré á su Eterno Padre, como si Él mismo fuese mi acción de gracias, mi reconocimiento y mi acto de adoración y de alabanza hácia Dios. Pediré á ese divino Salvador, en aquel momento, la reparación de todos los defectos de mi alma, y que se cumplan en mí todos sus designios; le pediré también, que así como Él jamás ha faltado á las leyes que su amor le ha impuesto en este divino Sacramento, jamás me permita que yo olvide las obligaciones de mi estado. Sea Dios bendito.”

§ IV.

Reparar los ultrajes hechos al amor de Jesus.

Después de haber hablado de la familiaridad con Jesus, y de la práctica de las virtudes cristianas que tienen en su Corazón un estímulo y apoyo tan poderoso, hay que dar un paso adelante para buscar cuál es el acto ó ejercicio más agradable de todos á su divino Corazón. Pues, recordando lo que hemos dicho hasta aquí, no es difícil descubrir lo que Jesus ha querido principalmente en vista de esta devoción. Quiere ser desagraviado de los ultrajes hechos á su amor, y desagraviado por un amor más ferviente: tal es el deseo que ha manifestado por su misma boca, y esto es lo último á que

se dirige este culto; por lo mismo hemos de dar el principal lugar, sobre todos los otros, al ejercicio de reparación y de ofrenda. No llamará la atención que Jesucristo haga tanto mérito de los actos de reparación y ofrenda honorable, si se considera atentamente en qué consistan.

En efecto, ¿qué se entiende bajo el nombre de reparación? La reparación supone primeramente que se tiene una idea grande de los títulos infinitos que Jesus posee sobre nuestro amor, sea por Él mismo, sea también en razón de los beneficios que le debemos; por lo mismo, sintiendo vivamente el ultraje que le hacen aquellos que, en vez de amarle, no cesan de ofenderle, emprendemos el desagraviarle. Los pecadores quitan á Jesus de este lugar de honor, de respeto, de sumisión, de amor que debería ocupar en todos los espíritus y en todos los corazones; hacerle una reparación honorable, es de alguna manera restituirlo sobre el trono que le es debido y reparar la afrenta que ha recibido por los homenajes proporcionados: por esto se verá que la reparación comprende un acto de profundo respeto hácia las grandezas inefables de Jesucristo, y por los absolutos derechos que tiene á la sumisión entera de toda criatura: esta clase de honor es la que reclama cuando pide ser Él sólo el objeto de nuestras adoraciones, y al querer que todos los corazones le estén consagrados. Por otra parte encierra un amor correspondiente á la estima que se ha formado de Él, porque solo movidos del amor podremos encender en nuestros pechos un santo celo por los intereses de Jesucristo.

Del mismo modo que un hijo respetuoso se presenta algunas veces á su madre ofendida por otro de sus hijos, y le pide perdón en lugar de su hermano; ó como un súbdito fiel se presenta ante su príncipe jurándole fidelidad eterna en cambio de las traiciones de los súbditos rebeldes; ó en fin, como un esposo redobla las atenciones y caricias á su espo-

sa para desagraviarla de los insultos que recibiera de un hombre despreciable: así el amante devoto del Corazon de Jesus le pide perdon, se humilla á sus piés, le ama, le adora, le presenta los homenajes más fervientes, para en alguna manera desagraviarle de los desprecios, irreverencias, infidelidades y blasfemias, en una palabra, de todos los ultrajes con que Jesus es abrevado cada día.

En este ejercicio se ponen en accion todas las virtudes cristianas y se producen los más santos efectos. Se ejercita la fé que nos enseña, hasta cierto punto, lo que es Jesus y los derechos que tiene para el amor de las criaturas todas, y sobre todo la condescendencia admirable de que usa hácia nosotros en el misterio de la Eucaristía: la caridad, que no puede soportar que tanta benevolencia sea pagada con tanta ingratitud é indiferencia: el celo, que arde por reparar la gloria de Jesucristo con tanta perfeccion como sea posible, y buscar sin cesar nuevos medios de acrecentar su culto y ganarle adoradores. En estos actos nace tambien el dolor de los pecados, en cuanto á que son una ofensa á un Dios infinitamente bueno; allí brilla el fervor de la virtud de religion, que se ocupa de cuanto concierne al servicio de Dios: se ejercita la devocion, no de simple aparato, sino franca, sólida, sincera, que hace el que no solo esté uno dispuesto al servicio de Dios, sino que quiere ver á los otros animados del mismo ardor, y sufre y se aflige cuando ve lo contrario; en una palabra, es el ejercicio de la caridad más pura hácia Jesus, y la muralla más segura contra toda clase de ataques, por lo mismo debeis abrazar este ejercicio con todo vuestro corazon.

Y no lo debeis practicar solamente en las circunstancias indicadas antes, como cuando os proponéis honrar más especialmente su divino Corazon, por ejemplo: en los momentos de la comunión, durante la santa misa, en las visitas del

Santísimo Sacramento; sino más bien en todo tiempo y aun diría que á todas las horas del día; siempre que dirijáis una mirada, una corta aspiracion al sagrado Corazon, que ésta sea una ofrenda honorable.

En compensacion de los ultrajes hechos á su amor, es muy justo ofrecerle las adoraciones y homenajes que ha recibido y recibe aún de todos los justos que habitan la tierra y de cuantos Santos están en los cielos, de todos los espíritus bienaventurados, y por último de todo, presentarle el amable y dulce Corazon de María. Porque es indudable que entre todos los corazones jamás ha habido otro más semejante al de Jesus, por los dones, las gracias, las virtudes y aun los mismos sentimientos, ni hay cosa más pura ni más agradable á su Majestad infinita: así cuando le ofrecemos el Corazon de su divina Madre, le presentamos realmente el objeto de sus más caras complacencias: es como si recordásemos á Jesus los tiernos cuidados, los preciosos servicios que de él ha recibido, la pureza é intensidad del amor de donde ha sacado tanta gloria. ¿Qué cosa puede haber más propia para desagraviar á nuestro divino Salvador de la ingratitud de los hombres?

Si es propio el hacer todo lo que llevamos dicho en todo tiempo y en toda ocasion, lo debemos hacer con particularidad cuando Jesus sea más especialmente ofendido é insultado. Si veis profanar una iglesia, si acaso escucháis algunas imprecaciones, blasfemias, palabras mal sonantes, entónces es cuando debeis prontamente volveros al sagrado Corazon; y cuando el mundo se abandona á sus bacanales, y á sus fiestas profanas, origen ¡ay! muy frecuente de desórdenes y escándalos, entónces, ¡oh! entónces avivad más que nunca vuestro fervor, visitad á Jesucristo en sus iglesias, y por vuestras ofrendas de honor á su divino Corazon, esforzaos en consolarle de las afrentas que se le han hecho. En una palabra,

uniéndoos íntimamente, de una manera familiar á Jesus, abrazad con amor y celo los intereses de su gloria. Y así como será objeto de regocijaros y felicitaros con Él, si es conocido de los hombres, amado y glorificado por ellos; debéis deplorar amargamente los atentados que los perversos meditan y ejecutan contra su honor, tomando á vuestra cuenta el pedirle perdon y ofrecerle una compensacion de amor.

§ V.

Prácticas más especiales á los religiosos y á los sacerdotes.

Las prácticas hasta aquí mencionadas convienen á todo el mundo; pero hay dos clases de personas que pueden dar á Jesus un culto más especial, unas son las religiosas y otros los sacerdotes así seculares como regulares.

Las religiosas, por más que el mundo piense en su contra, han sido y siempre serán, segun dicen los santos, el más bello ornato de la Iglesia, la flor escogida del jardin místico, el honor y la gloria de la religion católica, el amor especial de Jesucristo, y ciertamente que nada hay más justo, que habiendo sido elevadas á la dignidad sublime de esposas del Verbo divino, amen ellas tambien á su divino Esposo con un amor especial. Porque ¿cómo podrian testificarle mejor su amor que honrando su sagrado Corazon? ¿No son ellas las hijas predilectas de ese divino Corazon? pues sus sentimientos de amor deben guardar proporcion con lo sublime de su estado: así, todas las prácticas ya indicadas les convienen perfectamente; pero no deben conformarse con solo ellas, porque tienen aún otros medios de glorificarle. El viérnes, á una comunión más fervorosa que de costumbre, podrán añadir algun ejercicio de piedad, como el rezo de la Peque-

ña Corona del sagrado Corazon, los Actos de Reparacion y de Consagracion; hay tambien los Nueve Oficios marcados por la Beata Margarita Alacoque, para que se practiquen por otras tantas personas que unidas á la vez y con los coros de los ángeles, se ocupen continuamente en glorificarle: ¿y por quién serán mejor desempeñados esos oficios, que por ellas que tienen la estrecha obligacion de practicar sobre la tierra lo mismo que hacen los ángeles en el cielo? Hay tambien otro, la celebracion solemne de su fiesta, presidida de una novena que puede celebrarse en sus iglesias.

En cuanto á los que se ocupan de la educacion de los niños, que procuren inspirar á sus sencillos corazones, que les están confiados, la veneracion y el amor hácia el sagrado Corazon, llevando su celo aun más adelante, inculcándoles que transmitan esta devocion á todas las personas con quienes tienen un trato inmediato, como son sus padres y conocidos: no hablo de la muy especial atencion que pueden llevar interiormente á imitar sus divinas virtudes. Si todas estas prácticas no son absolutamente propias á las personas que viven en la intimidad con el divino Maestro, para quién serán entonces?

Los sacerdotes, así seculares como regulares, que forman la otra clase de que hemos hablado, tienen tambien diversas maneras de honrarle muy propias á su estado. Ellos tratan los santos Misterios de nuestros altares, y por lo mismo pueden entregarse afectuosamente á aquel divino Corazon, cuando tienen en sus manos su Cuerpo adorable. Ellos ejercen el santo ministerio cerca de las almas, y por lo mismo tienen un medio más seguro de atraer á los justos hácia este Corazon para que se santifiquen más y más, así como á los pecadores para que se conviertan saliendo de sus malos caminos: sobre todo, es muy necesario confiar á ese Corazon á las almas dominadas por las más brutales pasiones, á los munda-

nos, á los orgullosos, á los libertinos y hombres irreligiosos, y todo esto por las razones que antes hemos manifestado.

En cuanto á los sacerdotes que Dios ha encargado de anunciar su palabra, pueden emplearse en hacer conocer esta devoción, haciéndola gustar á todos los fieles, mostrando su excelencia y los preciosos frutos que encierra. Si, á más de esto, Dios inspira á alguno, como lo hace frecuentemente con los pastores de las almas, los medios de exponer la imagen del sagrado Corazon sobre los altares, ó de erigir alguna Confraternidad en su honor, ¿quién podrá contar todas las ventajas espirituales que resultarían al pueblo y de gloria á Jesucristo? No lo creería si no viese todos los días hasta qué punto, la vista de semejantes imágenes, excita en todo el mundo el fuego del amor divino: á la vista de este Corazon cada uno se acuerda de cuanto la fé le enseña acerca de Jesucristo, sobre todo su bondad y amor infinito, y ese recuerdo viene acompañado de tanta suavidad que penetra hasta el fondo del corazon. Los jóvenes renuncian ante ese Corazon á sus funestas pasiones, y las jóvenes van á beber á ese manantial de una pureza infinita, las lecciones de honestidad cristiana: los padres sabrán poner á cubierto á sus hijos y los ancianos cómo acabar felizmente su carrera. Por la devoción al sagrado Corazon se propaga prodigiosamente la frecuencia de los Sacramentos, si se tiene cuidado de convidar á los fieles á acercarse á la sagrada Mesa todos los viérnes primeros, ó mejor todos los primeros domingos de cada mes, y con esto se tendrá la dicha, más de una vez, de ver á toda una población renovada en el conocimiento y amor de Jesus. ¿Por qué, pues, un ministro de Dios, que ha escogido á Jesucristo por su heredad y que quiere ser todo para Él, no aspirará á procurarse un mérito tan grande á sus ojos?

§ VI.

Culto de amor que se ha de dar al Corazon divino de Jesus.

Finalmente, el objeto y fin que hemos procurado hacer gustar, es el amor hácia Jesucristo, y el medio de conseguirlo es el de amar y venerar su divino Corazon. ¿Quién, pues, no se animará á agradarle y sobre todo á amarle? Muchas almas se eximen de este deber: unas por insensibilidad, otras por negligencia, la mayor parte porque ponen sus afectos en cosas muy ajenas á este divino Corazon, y en fin, algunas buenas almas también, tímidas hasta el exceso, porque temen no estar aún muy bien dispuestas para llegar á amarle; el resultado es, que la vida que se nos ha dado para amar, se pasa sin amor.

¡Oh! qué desgracia! Que no se verifique esto con vosotros, que haceis profesión de ser devotos del sagrado Corazon: estudiad al contrario el poner á su servicio todas las potencias de vuestra alma: en verdad, cualquiera que reflexione en las propiedades, las prerrogativas, las virtudes de ese divino Corazon, debería llevar hasta el delirio, si me atrevo á decirlo, la pasión de amarle, glorificarle, consolarle hasta al precio de su sangre y de su vida.

Mas ya que la debilidad humana no nos permite llegar á este grado, consagradle toda especie de amor. Amadle con un amor de preferencia, de manera que coloquéis este amor sobre todos los amores terrestres y todos los bienes de esta vida. ¡Oh! no es posible el preferir cosa alguna á este divino Corazon, luego que se llegan á conocer los tesoros inestimables que contiene,

Amadle con un amor de complacencia, porque por este amor se hace uno participante de los homenajes que le rinden los Ángeles y los Santos en el cielo, y todos los amantes del divino Corazon aquí en la tierra.

Amadle con un amor de benevolencia, alimentando en vuestro propio corazon el deseo ardiente de que los corazones que le aman y le adoran se multipliquen sin término, y que de día en día acrezca el número de almas generosas que propaguen la devocion hácia este Corazon bienhechor y multipliquen sus perfecciones infinitas.

Amadle con un amor de confianza, recurriendo á este amable Corazon en las aflicciones y tribulaciones de cualquier género que os sobrevengan; porque es imposible que la confianza no alcance de El cuantas gracias sean necesarias al bien de nuestra alma.

Amadle con un amor de reconocimiento, amor que podeis practicar particularmente animandoos y llenandoos de valor en vencer todos los obstáculos que os impidan propagar la devocion al sagrado Corazon y ganarle almas en reconocimiento de todo lo que ha hecho por nosotros.

Amadle con un amor de semejanza, procurando imitar á ese divino Corazon por la entera conformidad de sentimientos y afectos con los suyos, cuanto sea posible mediante los auxilios de Dios.

Amadle con un amor penitente, llorando y gimiendo, lamentando el ver que tengais tan poco amor por ese amable Corazon, que tan tarde os hayais dado y consagrado á Él, y que lo hayais hecho con tanta frialdad.

Amadle con un amor tierno, por el cual compadezcáis á ese Corazon lleno de amor, que tanto ha tenido que sufrir de la ingratitud y frialdad de los hombres, y por el que le consolareis amándole con más fervor.

Por estos diversos modos y aun tambien de otros más, po-

dreis ejercitar la caridad hácia el Sagrado Corazon de Jesus: puede elegirse ya la una, como la otra de esas prácticas, suscitar algunas veces otras muchas semejantes, segun que la luz del cielo ó la disposicion del corazon inspire á cada uno. Este será no solamente el ejercicio más dulce para el Corazon adorable de Jesus, sino tambien el prelude anticipado sobre la tierra de lo que esperamos, por los méritos de ese divino Corazon, que practicaremos eternamente en el cielo, donde el amor encontrará su entero y perfecto contentamiento.

CONCLUSION.

Por fin, piadoso lector, llegamos á la conclusion de este opúsculo destinado á propagar la devocion hácia el santísimo Corazon de Jesus. ¿Qué tenemos aún que hacer? Nos resta el comenzar todo bien con el fin de amarle y glorificarle, porque todo nos servirá muy poco si no tenemos la firme resolucion de practicar este amor. Mas ¿quién es aquel que habiéndose posesionado ó entrevisto, aunque no sea más de por lo poco que llevamos dicho, los tesoros inapreciables contenidos en ese adorable Corazon, pueda rehusar el amarle? Cualquiera que sea la disposicion de nuestro corazon allí encontrará con que abrasarse de las más felices llamas.

Si estas son las grandezas inenarrables del Señor que os arrebatan, oh alma devota, ¿dónde encontrareis mayores magnificencias que en este divino Corazon? En todas las obras de Dios brillan la sabiduría, el amor, el poder y la bondad: la sabiduría forma el designio, el amor lo aprueba, el poder lo ejecuta, la bondad provee á la conservacion de la obra; pero ese Corazon es el designio más bello, más demostrativo de aquella Sabiduría eterna, puesto que en él sólo están reunidas todas las virtudes, todos los dones de la humildad sagrada del